

Cardenal Marc Ouellet

SACERDOTES, AMIGOS DEL ESPOSO

Para una visión renovada del celibato



100XUNO



Sacerdotes, amigos del Esposo

100XUNO

Cardenal Marc Ouellet

Sacerdotes, amigos del Esposo

Para una visión renovada del celibato



© El autor y Ediciones Encuentro S.A., Madrid, 2019

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 64

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN PDF: 978-84-9055-994-9

ISBN: 978-84-9055-983-3

Depósito Legal: M-27373-2019

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Introducción. Amigos del Esposo.....	11
El futuro del celibato sacerdotal en tela de juicio.....	12
En búsqueda de nuevos caminos en el contexto misionero ..	14
Las condiciones para una renovación sacerdotal.....	18
Para la promoción de la vocación sacerdotal integral	24

PRIMERA PARTE

Sacerdocio común y sacerdocio ministerial.
El sentido de la vocación sacerdotal

Capítulo 1: Para una renovación sacerdotal en nuestro tiempo	29
El Espíritu Santo y el sacerdocio de Jesucristo.....	31
El Espíritu Santo y el sacerdocio en la Iglesia	36
Fundamento último de la diferencia y de la correlación de los dos modos de participación en el sacerdocio de Cristo en la Iglesia.....	38
Conclusión.....	45
Capítulo 2: Celibato y vínculo nupcial de Cristo con la Iglesia. Valores y desafíos contemporáneos.....	47
Introducción	47
¿La ley eclesial del celibato sacerdotal sigue siendo viable?.	49

La tradición del celibato eclesiástico: su valor y sus desafíos.....	53
Reimpulsar el celibato sacerdotal: ¿a qué precio?	64
Conclusión.....	82
Capítulo 3: 50 aniversario de <i>Presbyterorum ordinis</i>.....	87
I. <i>Presbyterorum ordinis</i> : Un texto profético para hoy.....	87
II. Jesús enseñaba todos los días en el templo... todo el pueblo estaba pendiente de Él, escuchándolo.....	111
Capítulo 4: Servidores de la comunión eclesial.....	117
El obispo y la Iglesia.....	119
El obispo, servidor de la comunión eclesial.....	132
Conclusión.....	135

SEGUNDA PARTE

El celibato sacerdotal a la luz de María

Capítulo 1: Cenáculo. Invocación del Espíritu Santo con María, en comunión fraterna	139
El misterio del sacerdocio	142
El Espíritu Santo, la Virgen María y la Iglesia.....	145
Epíclesis sobre el mundo	148
Acción de gracias trinitaria.....	152
Capítulo 2: María, el sacerdote y la misión	155
María, Madre de la Iglesia.....	158
María y el sacerdocio	163
María y el sacerdote	166
Conclusión.....	168

TERCERA PARTE

Para una espiritualidad sacerdotal en la escuela de los santos

Capítulo 1: Figuras ejemplares de sacerdotes	173
I. Te he constituido centinela	173
II. El santo Cura de Ars. Segundo centenario de su ordenación sacerdotal	178
III. Tomad sobre vosotros mi yugo.....	195
Capítulo 2: El sacerdote, un hombre donado	199
I. La deuda del amor mutuo.....	199
II. No temas.....	202
III. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado	205
IV. «Pueblo de sacerdotes, sacerdotes para el pueblo»	211
V. Dadles vosotros de comer	214
Capítulo 3: <i>Duc in altum!</i>	219
I. Renovamos nuestro «sí» sin reservas a Dios.....	219
II. ¡Ven, Espíritu Consolador!	222

*Lo que venía a hacer en el Carmelo,
lo declaré a los pies de Jesús-Hostia,
en el examen que precedió a mi profesión:
He venido para salvar almas
y, sobre todo, para orar por los sacerdotes.*

Santa Teresa del Niño Jesús

INTRODUCCIÓN

AMIGOS DEL ESPOSO

En nuestros días los sacerdotes y obispos viven un tiempo de prueba e incluso de crisis, pero este tiempo difícil puede convertirse en una oportunidad de conversión y crecimiento, con la gracia de Dios y el deseo de responder mejor a su Palabra. Si hubo un tiempo en que el clero reinaba como señor sobre el rebaño de los fieles, con el riesgo de caer en el clericalismo, el espíritu de castas y el abuso de poder, este tiempo ha pasado. Los escándalos, las humillaciones y el desgaste de estos últimos años han sumido al alto y bajo clero en un estado de vulnerabilidad, si no de desconcierto, que se reconoce en signos de cansancio, de tensiones, e incluso de desaliento y hasta en gestos desconsiderados.

Los obispos son asaltados por la gestión de supuestos o verdaderos casos de abuso, no solo sexuales¹. Los resultados de las encuestas en las últimas décadas, ampliamente divulgados, han sembrado la inquietud, el desconcierto, por no decir el pánico. La operación transparencia, que pretende recuperar la credibilidad, da lugar a reacciones rápidas y enfrentadas. Por un lado, está la carrera por conseguir soluciones disciplinarias improvisadas, por otro, la propuesta de tesis innovadoras, pareciendo todo ello un «sálvese quien pueda»

¹ Por la observación privilegiada derivada de mi función como Prefecto de la Congregación para los Obispos, constato de cerca la evolución de la situación y la amplitud de la purificación en curso.

institucional más que una conversión en profundidad, que podría tranquilizar al pueblo de Dios y engendrar nuevas vocaciones.

Los sacerdotes se sienten incómodos en su papel, más que nunca incomprendidos, e incluso a menudo bajo sospecha *a priori* de conducta indebida o de doble vida, en un mundo que no valora la castidad y no cree en un compromiso de amor definitivo. Muchas comunidades parroquiales ven envejecer a sus sacerdotes y constatan que están sobrecargados, desbordados, incluso agobiados por sus tareas y por el ambiente general que los rodea. En los países de raíces cristianas todavía se ofrecen los servicios esenciales, pero los efectivos disminuyen, el ánimo decae, las perspectivas pastorales son bastante sombrías, a pesar del impulso misionero encarnado en el papa Francisco, y propuesto con fuerza en su Exhortación apostólica programática *Evangelii gaudium*.

El futuro del celibato sacerdotal en tela de juicio

En el campo de la pastoral ordinaria, ¿quién no se siente dividido por dos sentimientos contrarios? Puesto que, por un lado, se insiste en la conversión misionera que debería testimoniar y despertar el entusiasmo; por otro, estamos internamente minados por la impresión de un final de época, en la que desaparecen los restos de una pastoral de mantenimiento, que era familiar en tiempos de cristiandad, pero que es ineficaz en el nuevo contexto. ¿Cómo reaccionar adecuadamente y adaptarse a las necesidades de la evangelización, sin la que las prácticas de antaño corren el riesgo de sumirse en la insignificancia? Los bautizos disminuyen, los matrimonios también, la confesión desaparece a pesar de todos los esfuerzos por restaurarla, hay pocos sacerdotes disponibles para garantizar la Eucaristía en todas las comunidades, y allí donde celebran, pocos se apresuran a nutrirse de ella como de una realidad vital. ¿Cómo despertar la fe en las almas y volver a inculturarla en un mundo secularizado? ¿Cómo mantener la mecha todavía humeante y encender el fuego que Cristo vino a prender a la tierra?

Estas preguntas preocupan a los sacerdotes de manera lacerante y les interrogan sobre el sentido y los límites de su propio ministerio. Está claro que las recetas pastorales, que podían estimular a las comunidades después del *aggiornamento* del Concilio Ecuménico Vaticano II, no responden ya a los problemas de hoy. El entusiasmo por la liturgia, las estructuras de consulta a distintos niveles, los movimientos apostólicos y muchas otras realidades han cedido el paso a corrientes de secularización o reivindicación que han cambiado notablemente las costumbres de los sacerdotes y las exigencias de su ministerio. Hoy el mundo cristiano de antaño ha cambiado tanto; el ambiente cultural está tan desarraigado y modelado por otros valores que se lucha no solo por salvar lo esencial de la fe sino por discernir las costumbres y estructuras que garantizan su vitalidad. De ahí los interrogantes recurrentes y cada vez más críticos sobre el celibato sacerdotal.

En un mundo que camina *etsi Deus non daretur*, «como si Dios no existiese», el modelo del sacerdote al frente de una comunidad parroquial parece haber fracasado, y su estilo de vida con frecuencia ya no es comprendido o valorado. La soledad, la sobrecarga, los peligros y la incertidumbre de cara al futuro inquietan a los jóvenes y motivan a algunos a buscar en la vida religiosa en lugar de perseverar en la vía diocesana, o a servir en las diócesis dentro de fraternidades sacerdotales que ofrecen condiciones más favorables². Los mismos sacerdotes sienten que ya no tienen atractivo y no se sienten gratificados por su ministerio, pues constatan la desafección de los fieles a la hora de acudir a los sacramentos; a esto se añade el hecho de que se encuentran dispersos y poco conocidos en un amplio territorio, del que llegan a ser responsables abarcando varias antiguas parroquias. Esta descripción evidentemente no abarca todas las situaciones, y debería ser matizada según el contexto y los diferentes grados de secularización. Sin embargo, no se puede negar una marcada tendencia que

² Se advierte esta tendencia, por ejemplo, en Francia, donde la proporción de vocaciones sacerdotales que se orientan hacia la Communauté Saint-Martin es asombrosa.

afecta profundamente a la vida de los sacerdotes y a sus esfuerzos de adaptación a las nuevas condiciones de la misión.

Se podría seguir dando vueltas durante mucho tiempo sobre las dificultades en esta hora, pero un discurso pesimista o amargo no aportaría nada a la causa del Evangelio. ¿Es posible recuperar el entusiasmo de la propia vocación en las condiciones presentes, e impulsar la misión de los sacerdotes de una manera que sea humanamente viable, espiritualmente significativa y pastoralmente eficaz? ¿Cómo llevar a cabo la conversión misionera que el papa Francisco encarna en su persona, por medio de la creatividad y audacia que manifiesta en medio de las dificultades y resistencias, no menores que las que se viven en el ámbito de las diócesis y parroquias?

En búsqueda de nuevos caminos en el contexto misionero

La Iglesia católica está ahora comprometida en la vanguardia de la causa ecológica con el Sínodo para la Amazonía, que vuelve a poner en el punto de mira la Encíclica *Laudato si'* y el gran objetivo planetario de una ecología humana integral. Se anuncian prometedores diálogos y se perfilan nuevas estrategias misioneras. Estas podrían tener un impacto a largo plazo sobre el ministerio sacerdotal, ya sea localmente, ya sea más ampliamente, dada la influencia globalizante de una cultura mediática sin fronteras. Algunos aspiran a adoptar rápidamente la solución pastoral de los *virī probati*, es decir, de hombres casados, cabezas de familia estables, que podrían ser ordenados sacerdotes a fin de garantizar la celebración eucarística en las comunidades autóctonas dispersas que parecen ajenas al valor del celibato. El Sínodo para la Amazonía debe tratar la cuestión³.

Estas perspectivas pueden ser tentadoras para algunos y fuente de inquietud para otros, si se tiene en cuenta que ahí se mezclan elementos de ideología y estrategia para llegar a resultados

³ Sínodo de los Obispos, *Instrumentum laboris* de la Asamblea especial para la región panamazónica. *Amazonía: nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral*, 129 § 2.

más ambiciosos y más importantes a nivel universal. Corrientes de pensamiento liberales, o francamente contestatarias, reaparecen para sacar partido de la situación y proponer programas de reforma que van más allá de las intenciones y orientaciones del papa Francisco. El Santo Padre ha puesto claramente la operación sinodal bajo el amparo del Espíritu Santo y en un clima de oración, diálogo y apertura a la novedad. Pero cuenta con la libre discusión para garantizar un discernimiento útil a la evangelización, en un contexto en el que se enfrentan no solo ideas divergentes acerca de la inculturación e interculturalidad, sino también intereses contrarios y fuerzas hostiles a la influencia de la Iglesia.

Dicho esto, los nuevos caminos que se abrirán darán frutos evangélicos si son coherentes con un anuncio integral del Evangelio, *sine glossa*, que no sacrifica nada de los valores permanentes de la tradición cristiana. A este respecto ciertamente tenemos que desarrollar una creatividad pastoral atenta a las características de las culturas particulares, pero tenemos que verificar, en primer lugar, la calidad del testimonio de los misioneros, que pueden transmitir eficazmente la fe si esta impregna toda su vida y motiva sin ambigüedad su estilo de vida y su actividad evangelizadora. Si la sensibilidad hacia los aspectos eclesiales de inculturación e interculturalidad debe dar lugar a una formación misionera más exhaustiva, lo esencial de la evangelización sigue siendo siempre la conciencia misionera personal y eclesial que emana del encuentro íntimo con Jesucristo y de su llamada a testimoniar una vida divina que trasciende todas las culturas y que, por esta misma razón, hace posible un encuentro pacífico entre la cultura de los misioneros y la cultura local.

Bajo esta luz, buscar caminos nuevos para la evangelización de los autóctonos en la Amazonía significa superar un enfoque que sería insuficiente si solo contemplase las cosmovisiones amazónicas, en un esfuerzo de síntesis intercultural que corre el riesgo de ser artificial y sincretista. La unicidad de Jesucristo y, en cierta medida, de la cultura bíblica impone un diálogo respetuoso de las culturas pero claramente

orientado a la conversión al misterio de la encarnación del Verbo. La unicidad trascendente de esta irrupción del Verbo en la historia humana confiere a la cultura bíblica un lugar aparte en el conjunto de las naciones y justifica que se enseñe con mucho esfuerzo a todas las culturas, a fin de aportarles aquello a lo que aspiran y hacia lo que dirigen sus valores y límites para que estos sean iluminados, sanados y asumidos más allá de ellos mismos. El Espíritu Santo es la clave hermenéutica de toda transmisión de la fe de una cultura a otra, según una lógica que no es, primero, de ideas y símbolos, sino de comunión interpersonal en la diversidad de las situaciones y culturas⁴.

Pues la evangelización, en definitiva, no es un proceso de inculturación e interculturalidad, sino que precede y hace posible este proceso que supone la gracia del encuentro con Cristo y de la adhesión a su Persona. Esta gracia de conversión se ve facilitada por el testimonio personal de los misioneros que saben en Quién creen y que no confunden el anuncio de Jesucristo con todas las causas justas relativas a la promoción humana, social y medioambiental de las poblaciones por evangelizar. Poner unilateralmente el acento sobre la dimensión cultural provoca la crítica, a veces injusta, de los abusos del pasado y la reducción de la evangelización a la promoción de la dimensión social, en detrimento de la sensibilidad religiosa de las poblaciones. En algunos ambientes sudamericanos se ha visto a los fieles desertar hacia las sectas, porque el sentimiento religioso no estaba adecuadamente integrado en la actividad evangelizadora.

Ahora bien, detrás de estos fracasos y defectos se esconde el presupuesto implícito, y no siempre reconocido, de que la evangelización es cuestión de ideas, de ritos, de costumbres, de valores y modelos, mientras que, en realidad, todo esto es una derivación, una consecuencia y

⁴ San Pablo VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 75: «No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo. [...] Puede decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización: Él es quien impulsa a cada uno a anunciar el Evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación (cf. Concilio Ecuménico Vaticano II, Decreto *Ad gentes*, 4)».

algo accesorio. Lo esencial es la identidad de una comunión, fruto de un encuentro obrado por el Espíritu Santo entre la Palabra del Padre que es Cristo y cada comunidad humana y su cultura. Cada cultura está abierta en principio a este encuentro-comunión, ya que las *semina Verbi* depositadas por el Creador en todas sus obras aspiran y caminan hacia su cumplimiento en el encuentro con el Verbo encarnado y redentor. De ahí la importancia del anuncio de la Palabra de Dios por parte de la Iglesia en el poder del Espíritu y su fruto en la acogida integral de la fe que llega hasta su expresión sacramental.

Si esta reflexión acerca de la evangelización es válida para la Amazonía, una reflexión similar vale para la «nueva evangelización» de los países de la antigua cristiandad. Si esta se confunde con una modernización de la moral y de las costumbres, con el fin de hacer más aceptable el cristianismo a pesar de sus avatares históricos, estamos abocados al fracaso, y la gente no se deja engañar con recetas superficiales que se les propone para mantener el interés de la institución eclesial. O la Iglesia propone al Jesús auténtico, que es el mismo que el Cristo de la fe, o pierde la razón de ser de su misión, y los nuevos poderes, cuyos medios están gestionados por manos hostiles, pronto la volverán caduca y superflua. La ola actual de persecuciones deja vislumbrar un futuro difícil para la institución eclesial, pero lleva a cabo una purificación haciendo emerger testimonios heroicos que muestran de manera evidente a Cristo resucitado siempre presente y actuando en el corazón del mundo.

Estas consideraciones pueden parecer lejanas y superfluas comparadas con la problemática de los sacerdotes, de su número insuficiente, de su estilo de vida incomprensible, de su soledad y falta de fraternidad, de su espiritualidad deficiente o puramente funcional. Sin embargo, la Iglesia no puede privarse de sus servicios ni buscarles sucedáneos sin traicionar su misión. No tiene derecho a resignarse a una penuria de vocaciones sacerdotales y religiosas, ni a «reinventarse» con los medios disponibles, pretendiendo estar a la altura de su misión. ¿Quién medirá la energía misionera que los sacerdotes

despliegan haciendo presente a Cristo que bautiza, absuelve, consagra y se da en comida, ofreciendo a todo el mundo su caridad pastoral que consuela a los afligidos, socorre a los moribundos, visita a los pobres y sana a los enfermos? La urgencia misionera interpela a toda la Iglesia y en particular a los religiosos y a los laicos, pero ¿cómo despertar esta conciencia misionera sino mostrando que el sacerdocio de los bautizados y el sacerdocio ministerial hacen causa común a partir del principio y de la esencia misma de la misión?

Las condiciones para una renovación sacerdotal

Hacerse esta amplia pregunta nos obliga a reflexionar más en profundidad sobre los desafíos de la búsqueda misionera actual, lo que no puede hacerse sin recurrir seriamente a la teología, so pena de traicionar el objetivo principal de la evangelización. El Espíritu Santo, por tanto, nos invita primero a una escucha renovada y a una creatividad teológica auténtica, que emana de la Palabra de Dios, e imantada por una pasión misionera que no desprecia nada de la *plantatio ecclesiae*, en la rica diversidad de pueblos, culturas y cosmovisiones. ¿Cómo, pues, resituar la idea misma del sacerdocio en el contexto específico del servicio del Evangelio en las comunidades cristianas?

Este es el reto que propone este libro respecto al sacerdocio y al celibato, cuyos planteamientos, elaborados en distintas circunstancias, abordan las preguntas desde un nuevo punto de vista pero anclado en la Tradición, sin aislar esta vocación ni exaltarla por encima de las demás, sin reducir la diversidad de las vocaciones y carismas a un denominador común, adoptando un enfoque por así decir sinfónico, buscando ver mejor la armonía de las distintas vocaciones que gravitan alrededor de la concepción católica del sacerdocio.

Los tratados acerca del sacerdocio que hablan del presbiterado abundan y constituyen una riqueza indiscutible de la tradición eclesial. La doctrina del episcopado, aunque más importante, no ha sido desarrollada de forma sistemática sino recientemente en el

Concilio Vaticano II, y queda por perfeccionar y llevar a la práctica. El diaconado permanente ha sido restablecido por el último concilio y se consolida en varias regiones de la Iglesia, buscando todavía su unidad doctrinal y pastoral.

Las reflexiones aquí incluidas tienen la originalidad de resituar la doctrina del sacerdocio en un contexto eclesiológico global, interpretado desde una perspectiva sacramental y misionera, a la luz de un horizonte trinitario y de una visión pneumatológica, generalmente ausente en los tratados clásicos. Desde el punto de vista adoptado se deduce una visión fundamentalmente relacional, que interpreta en clave nupcial la relación de Cristo con la Iglesia, la participación eclesial y en primer lugar mariana en el único sacerdocio de Cristo, así como el sentido fundamental de la vida consagrada como profesión solemne del bautismo.

La idea de mediación sacerdotal se describe en primer lugar en términos cristológicos y pneumatológicos a partir del misterio paschal. María, que encarna la perfección del ejercicio del sacerdocio bautismal, participa primeramente de esta mediación sacerdotal. Se prolonga en la institución del sacerdocio jerárquico con sus diferentes grados, que se distinguen esencialmente del sacerdocio común, y no solo como una cuestión de grados⁵. Esta compleja y delicada cuestión desde el punto de vista ecuménico recibe en estas páginas una profundización trinitaria y pneumatológica, que establece de una manera radical la naturaleza relacional y la ordenación mutua de las dos participaciones del único sacerdocio de Cristo.

Se retoma en profundidad la cuestión del celibato sacerdotal frente a las múltiples objeciones que no cesan de cuestionarlo y de pedir su abolición. Aquí se trata no solo de defender las razones tradicionales

⁵ Cf. Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, 10 (en adelante LG): «El sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque diferentes esencialmente y no solo en grado, se ordenan, sin embargo, el uno al otro, pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo».

de la disciplina de la Iglesia latina, sino de profundizar en ellas y de mostrar su pertinencia hoy y precisamente en los contextos difíciles, donde estaríamos tentados de acabar con una práctica reconocida en principio como válida, pero ignorada en la práctica, y destinada finalmente a dejar paso a otras prioridades misioneras y pastorales.

Este sintético resumen que acabo de exponer será desarrollado en las distintas aportaciones de este libro, bastante recientes pero claramente articuladas en función de esta síntesis, ya sea en las conferencias sobre el episcopado, el presbiterado, el celibato, la relación entre María y el sacerdocio, la relación entre el sacerdocio común y el sacerdocio jerárquico, la espiritualidad sacerdotal, todo esto unificado por un aporte pneumatológico que me atrevería a calificar de sistemático, aunque el Espíritu Santo no se deje encerrar en ningún sistema.

El lector podrá constatar que la visión que se propone en este libro se sale de los caminos trillados y, si tiene en cuenta las ciencias humanas, no se deja determinar por ellas, conservando un punto de vista teológico, metodológicamente vital y prudente, para evitar que se manipule la doctrina católica del sacerdocio y del celibato al tener como punto de referencia las necesidades, experimentadas o supuestas, de algunas situaciones pastorales extremas. Una tradición apostólica indiscutible de continencia total en cuanto a las exigencias de la *vita apostolica* para los apóstoles y sus sucesores, así como para los sacerdotes y diáconos una vez ordenados, que ha sido conservada con sus altos y bajos en la tradición latina, no se deja relativizar por imperativos pastorales que esconden a veces el verdadero problema.

Pues, en el fondo, la disminución de las vocaciones al sacerdocio depende de muchos factores de orden estadístico, cultural y eclesiológico, pero no se puede negar que depende también, y sin duda alguna en primer lugar, de una crisis de fe⁶. Familias menos numerosas,

⁶ Cf. Benedicto XVI, Carta apostólica en forma de *motu proprio Porta fidei*: «Desde el comienzo de mi ministerio como Sucesor de Pedro, he recordado la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo. En la homilía

revalorización del matrimonio y la sexualidad, reintegración del presbiterado en un nuevo marco eclesiológico, todo esto desempeña un papel no desdeñable, pero la crisis de fe, unida a un déficit cristológico y, por tanto, trinitario, destruye de raíz la motivación decisiva para responder a una llamada a dejarlo todo para seguir a Cristo. Si esto es verdad, hay que prever que el abandono por parte de la Iglesia de su disciplina del celibato para sus ministros del segundo grado del sacramento del Orden tendría una repercusión incalculable y absolutamente previsible sobre las vocaciones a la vida consagrada en todas sus formas. Si el celibato ya no es un valor decisivo para el ejercicio del ministerio sacerdotal, la misma vida religiosa resulta desvalorizada y relegada a un segundo plano en beneficio de la función sacerdotal. Sería oportuno hacerse la siguiente pregunta: ¿qué queda de vida consagrada en el celibato en las comunidades de tradición protestante?

Hoy más que nunca la sabiduría pastoral de la Iglesia y la creatividad teológica deben superar una mentalidad racionalista, que domina muchos ambientes universitarios y ciertos bancos de ensayo pastorales, para impulsar la cultura vocacional y el futuro del ministerio sacerdotal desde una visión coherente del celibato como estado de vida⁷ que pueda entusiasmar, motivar y capacitar no solo para actuar con una convicción contagiosa, sino también para sufrir el rechazo y la persecución siguiendo el modelo de la vida apostólica de los orígenes.

de la santa Misa de inicio del Pontificado decía: 'La Iglesia en su conjunto, y en ella sus pastores, como Cristo han de ponerse en camino para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquel que nos da la vida, y la vida en plenitud'. Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto no solo no aparece como tal, sino que incluso con frecuencia es negado. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario, ampliamente aceptado en su referencia al contenido de la fe y a los valores inspirados por ella, hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas».

⁷ Cf. Hans Urs von Balthasar, *Estados de vida del cristiano*, Ediciones Encuentro, Madrid 1994 (original alemán 1977).

El anuncio de la Palabra de Dios y la celebración de los sacramentos causan un impacto mayor cuando la fe del ministro es proclamada primero con su estado de vida, lo que confiere a su predicación un peso o un fuego, que mana del Espíritu, de su vida completamente entregada a su Señor en el ministerio. Esto lo atestiguan en la Amazonía sacerdotes que tienen experiencia de ser acogidos e integrados en las comunidades locales precisamente en razón de su celibato. Entonces, cabe preguntarse al menos si no sería contraproducente para la evangelización introducir una alternativa al celibato sacerdotal.

La vida apostólica de los orígenes no ha perdido en absoluto su actualidad: lo que Jesús instauró como testimonio de continencia total en cuanto Esposo de la humanidad y exigió de sus apóstoles y sus sucesores, sigue siendo la forma de vida evangélica que encarna la comunión trinitaria ofrecida a la humanidad desposada. Como prueba, el estatuto y el estilo de vida de los obispos que, a lo largo de los siglos, permanece invariable e indiscutible tanto en Oriente como en Occidente. Sigue siendo también el ideal para los sacerdotes que participan del segundo grado del sacramento del Orden, como representantes de Cristo Cabeza y Esposo queriendo amar a la Iglesia Esposa en el mismo Amor con que ella es amada por su Señor y Esposo⁸.

La hora presente de la Iglesia «en salida» no sacará nada, a mi entender, reduciendo las exigencias del sacerdocio en nombre de imperativos culturales o pastorales regionales, a fin de garantizar los supuestos servicios esenciales que no son, o ya no son reconocidos como tales en los países de origen de los misioneros. Mejor sería apostar por una proclamación renovada del kerigma, es decir, de la Palabra de Dios que es Cristo, para hacer ver en Él con los ojos del Espíritu la *kénosis* de Dios en la historia, que sumerge al verdadero

⁸ San Juan Pablo II, Exhortación apostólica postsinodal *Pastores dabó vobis*, 29 (en adelante PDV): «La Iglesia, como Esposa de Jesucristo, desea ser amada por el sacerdote de modo total y exclusivo como Jesucristo, Cabeza y Esposo, la ha amado».

creyente en un abismo de adoración y disponibilidad sin límites para que este Amor no quede sin respuesta, pueda exigirlo todo con todo derecho, enamore totalmente de Jesús y haga desear identificarse con Él con toda humildad y verdad, por amor del Amor.

La misión en la Amazonía, como en otros lugares, no puede progresar sobre una base de eslóganes más o menos ideológicos, apoyados en consideraciones *válidas pero secundarias* respecto al objetivo esencial de la evangelización: dar a Cristo⁹. Los nuevos caminos de la misión para componer un rostro autóctono de la Iglesia deben tener como punto de partida, tanto allí como en otros lugares, la Palabra de Dios contemplada en toda su belleza, capaz de cautivar a personas de todas las culturas e inspirarles el deseo de abrazar el celibato como testimonio de amor, en un estado de vida que sobrepasa los valores de la primera creación en virtud de la gracia de la nueva creación en Cristo¹⁰.

⁹ San Juan Pablo II, Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, 6: «Encontramos aquí ‘el punto esencial por el que el cristianismo se diferencia de las otras religiones’, en las que desde el principio se ha expresado ‘la búsqueda de Dios por parte del hombre’. El cristianismo comienza con la Encarnación del Verbo. Aquí no es solo el hombre quien busca a Dios, sino que es Dios quien viene en Persona a hablar de sí al hombre y a mostrarle el camino por el cual es posible alcanzarlo. Es lo que proclama el Prólogo del Evangelio de Juan: *A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que estaba en el seno del Padre, Él lo ha contado* (1,18). ‘El Verbo Encarnado es, pues, el cumplimiento del anhelo presente en todas las religiones de la humanidad’: este cumplimiento es obra de Dios y va más allá de toda expectativa humana. Es misterio de gracia. En Cristo la religión ya no es un ‘buscar a Dios a tientas’ (cf. Hch 17,27), sino una ‘respuesta de fe’ a Dios que se revela: respuesta en la que el hombre habla a Dios como a su Creador y Padre; respuesta hecha posible por aquel Hombre único que es al mismo tiempo el Verbo consustancial al Padre, en quien Dios habla a cada hombre y cada hombre es capacitado para responder a Dios. Más todavía, en este Hombre responde a Dios la creación entera. Jesucristo es el nuevo comienzo de todo: todo en Él converge, es acogido y restituido al Creador de quien procede. De este modo, ‘Cristo es el cumplimiento del anhelo de todas las religiones del mundo y, por ello mismo, es su única y definitiva culminación’».

¹⁰ Esta observación es válida para el presbiterado, y aún más para la vida consagrada, que también corre el riesgo de ser comprendida de manera funcional, en detrimento de la significación fundamental y profética de la consagración a Dios. Cf. Congregación para los Institutos de vida consagrada y las Sociedades de vida apostólica, *Caminar desde Cristo: Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio*, 19 de mayo de 2002.